



Todo queda en familia

Textos de humor

LIBROS Y CASAS



Este libro pertenece a:

Todo queda en familia

Textos de humor

Autoridades nacionales

Presidente de la Nación
Dr. Alberto Fernández

Vicepresidenta de la Nación
Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Jefe de Gabinete de Ministros
Dr. Juan Manzur

Ministerio de Cultura de la Nación
Prof. Tristán Bauer

Ministerio de Desarrollo Territorial y Hábitat de la Nación
Ing. Jorge Horacio Ferraresi

Ministerio de Educación de la Nación
Lic. Jaime Perczyk



LIBROS Y CASAS

Todo queda en familia

Textos de humor

Coordinación editorial
Bárbara Talazac y Daniela Allerbon

Edición
Débora Ruiz

Asistencia editorial
Cecilia Ferreiroa y Virginia Lauricella

Corrección
Gabriela Laster

Diseño de la colección
Bernardo + Celis / Trineo

Diagramación
Javier Bernardo

Imagen de tapa
Luis Abadi

Digitalización
Biblioteca Nacional

Gestión de derechos de autor
Natalia Silberleib, María Nochteff Avendaño y Florencia Argento

Agradecimientos
Daniel Divinsky

El programa Libros y Casas está integrado por Bárbara Talazac,
Débora Ruiz, Victoria Sandri, Virginia Lauricella, Cecilia Ferreiroa,
Juan Fossati y Pilar Amoia

Todo queda en familia : textos de humor / Fabián Casas... [et al.] ; contribuciones de Daniel Divinsky ; coordinación general de Bárbara Talazac ; Daniela Allerbon ; editado por Débora Ruiz. - 2a ed compendiada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Cultura de la Nación, 2021.
84 p. ; 24 x 15 cm. - (Libros y Casas)

ISBN 978-987-8915-01-2

1. Narrativa Argentina. 2. Humor. 3. Relaciones Familiares. I. Casas, Fabián. II. Divinsky, Daniel, colab. III. Talazac, Bárbara, coord. IV. Allerbon, Daniela, coord. V. Ruiz, Débora, ed.
CDD A867

Programa Libros y Casas

El programa **Libros y Casas** te acerca esta biblioteca en la que vas a encontrar literatura para grandes y chicos, poesías, libros ilustrados, una guía sobre los derechos de las mujeres y diversidades, y clásicos de la literatura argentina y universal, entre otros. La selección fue especialmente pensada para que cada integrante de la familia pueda encontrar las historias que más le gusten. Hay cuentos de amor, de fútbol, de terror, de enigma, poemas de diferentes épocas y un libro de mitos y leyendas de pueblos originarios. Esta colección está dirigida tanto a las familias beneficiarias de los Planes Federales de Vivienda, como a lxs participantes y agentes de las actividades formativas que se brindan en espacios comunitarios: bibliotecas, escuelas y centros de integración.

Desde 2007, Libros y Casas ha brindado más de mil talleres de lectura, facilitado más de cien mil bibliotecas y entregado un millón ochocientos mil libros a lo largo de todo el país. La lectura nos hace más

libres, nos ayuda a expandir el pensamiento crítico y propio, y a construir nuestra ciudadanía. Además estimula la imaginación, potencia la creatividad, amplía nuestro mundo y nos prepara para usar nuevas tecnologías. Esperamos que esta biblioteca habilite momentos (por más breves que sean) de placer, nuevas ideas y entusiasmo.

Por todo esto, te invitamos a conocer y transitar estos libros, a que los compartas con tus familiares, amigxs y vecinxs, a que los llesves con vos y te acompañen a donde vayas.

10 motivos para tener libros en casa

- Porque intercambiar opiniones sobre lecturas y hablar de libros es un espacio ganado al vacío.
- Porque la lectura es una llave para formar un punto de vista propio, un lugar de singularidad y resistencia.
- Porque en una biblioteca podemos encontrar respuestas a algo que nos pasa, conocer otras voces, otras realidades y ampliar nuestra sensibilidad.

Programa Libros y Casas

- Porque leer no es un lujo. Participar de la cultura es un derecho y también lo es poder generar espacios para la lectura.
- Porque leer nos interpela a pensar, sentir, experimentar e imaginar.
- Porque cada texto hace eco en lugares que desconocemos de nuestra historia, que se puede enriquecer en el encuentro con creaciones literarias de otrxs.
- Porque leer fortalece nuestras capacidades y habilidades para interactuar con el mundo.
- Para habilitar lecturas en soledad y también colectivas, junto a amigxs, familiares, pareja o vecinxs.
- Para apropiarnos de los libros, recorrerlos con libertad, a nuestro tiempo, modo y antojo.
- En definitiva, porque leer implica reconocer que algo nos falta y eso se parece mucho al deseo. La lectura pone en movimiento nuestros deseos y, por extensión, a la vida.

Índice

10. **Introducción**
12. **Cuatro fantásticos / Fabián Casas**
“Hay tantas caras en el mundo que uno, tarde o temprano, termina siendo otro”.
28. **Carta a Chichita / Ema Wolf**
“En la mitad de la noche la almohada se suelta y flota. Es una desgracia tener que levantarse a buscarla cuando uno tiene tanto sueño”.
34. **Amor en el Parque Rivadavia / Roberto Arlt**
“Si me lo cuentan no lo creo. En serio, no hubiera creído. Si yo no fuera Roberto Arlt, y leyerá esta nota, tampoco creería. Y sin embargo, es cierto”.
40. **Octavio, el invasor / Ana María Shua**
“Estaba preparado para la violencia aterradora de la luz y el sonido, pero no para la presión, la brutal presión de la atmósfera”.

-
56. **Mi tío Poroto / Santiago Varela**
“Mi tío Poroto andaba fenómeno hasta que su mujer, mi tía Porota, le dijo: Mirá Poroto, vas a cumplir setenta años, es hora de que vayas a un médico”.
62. **Punto Cruz / Ana María Bovo**
“Le traigo dos gallinas de regalo a tu padre (están vivas) porque él vino a darme sangre cuando me operaron de vesícula. Sin conocerme, mirá. Como es Pascua, le quería agradecer”.
68. **Lo más grande que hay / Alejandra Laurencich**
“La voz ardiente de Sandro inunda la cocina y Laura, por primera vez en veinticinco años, sabe que esa noche ganará el duelo”.

Introducción

Reímos para no llorar. A veces, el humor es la única forma que encontramos para poder hablar en serio y mostrar un punto de vista, una visión del mundo.

Pero en la familia el humor es algo más: es una forma de sobrevivir. Puede ser inteligente y burlón, con juegos de palabras, dobles sentidos y caricaturas. A veces no es más que una respiración de fondo en algunos textos, pero allí está.

Aparece en la evocación del barrio y las caras de quienes nos marcan la infancia en “Cuatro fantásticos” de Fabián Casas. Se puede notar también en la descripción de las parejas de enamoradxs que desafían el mal tiempo en “Amor en el Parque Rivadavia” de Roberto Arlt.

Otras veces nos defiende con su ironía de la agresión y las mentiras del mundo: nos protege del peligro de los buenos consejos bienintencionados que nos lleven a mal puerto en “Mi tío Poroto” de Santiago Varela.

Todo lo que nos hace reír está más allá de los límites que, si no fuera por el humor, parecerían infranqueables: el humor nos libera. Como la visión de la maternidad de

“Octavio el invasor” de Ana María Shua, que narra el nacimiento de un bebé como una invasión milenaria de alienígenas que se repite una y otra vez para conquistar el planeta. Y por qué no el desenfrenado duelo de una mujer con su suegra que toma como rehenes a un marido y un guiso en “Lo más grande que hay” de Alejandra Laurencich, o el reto que implica resolver las tareas escolares cada vez más difíciles que propone una maestra en “Punto Cruz” de Ana María Bovo.

Todo queda en familia es un homenaje a la risa que nos libera y nos vuelve criaturas cómicas. Ya lo dijo Charles Chaplin: Mirada de cerca, la vida es una tragedia, pero vista de lejos, parece una comedia.

“No envidio nada de nadie”.

Fabián Casas

Fabián Casas

Buenos Aires, 1965

Poeta, narrador, ensayista y periodista, es una de las figuras destacadas de la llamada generación del 90 en la Argentina. Trabajó como periodista en *Clarín*, *Olé* y *El Gráfico*. Participó en la revista de poesía *18 Whiskys*. Ha publicado los cuentos *Los Lemmings y otros* (2005), *Una serie de relatos desafortunados* (2020); las novelas *Titanes del coco* (2015) y los libros de poemas *Horla City y otros: toda la poesía 1990-2010* y *Últimos poemas en Prozac* (2019), entre otros.

Cuatro fantásticos

HUBO ALGUIEN ANTES PERO YO NO LO CONOCÍ. Aunque muchos me dicen que tengo algo de su carácter y de su boca. Esas cosas. A mí no me preocupa parecerme a alguien. Hay tantas caras en el mundo que uno, tarde o temprano, termina siendo otro. Yo quisiera hablar acá de los que conocí. Ellos dejaron sus huellas en mi vida y pienso que una forma de retribuirles que me hayan pisado es contar quiénes eran, lo que me enseñaron. Esas cosas.

Para esa época mamá trabajaba en la fábrica de corpiños Peter Pan. Un nombre glorioso. No sé si todavía sigue funcionando. Mamá, por lo que me cuentan todos, era una mujer despampanante, parecía una vedette. Piernas, culo, caderas. Vivíamos en un departamentito del barrio de Once, muy chiquito, yo pensaba que era como el caño de Hijitus: el dormitorio de mamá, el living donde yo dormía en un sofá cama y

una *kitchenette* empotrada en la pared. Eso era todo. Mamá tenía ropa tirada por todas partes. Y cosméticos y revistas que se traía de la peluquería de su amiga. Mi madre era una gran lectora. A veces, cuando ella iba a bailar, yo me quedaba con la peluquera, una paraguaya que me hablaba de sus hijos, quienes, decía, tenían casi mi misma edad y estaban con su padre en Asunción. Yo no asociaba Asunción con un lugar físico, más bien me parecía un verbo.

En mi memoria, el primero de todos fue Carmelo. Petiso, musculoso, exboxeador. Mamá me lo presentó una noche cuando la pasó a buscar para salir. Yo estaba mirando algo en la tele muy chiquita, diminuta, que la peluquera nos había traído de Ciudad del Este. ¿Ven? Ciudad del Este sí me parecía un lugar.

Carmelo se me acercó y me estrechó la mano. Pensé que me iba a besar, porque yo era un niñín y la gente, por lo general, cuando me conocía, me besaba. Pero él me dio su mano, callosa, grande como un teléfono. Ese gesto me gustó. A partir de aquella noche, Carmelo empezó a venir seguido a casa y cuando pasaba a buscar a mamá se quedaba cada vez más tiempo conmigo, charlando de las hazañas de su época de boxeador. Y un día de campo, a la luz del sol, sucedió una cosa increíble: la piel de Carmelo, al aire libre, tenía el color

de la cinta scotch. Quiero que esto quede bien claro. No era como si estuviera recubierto de cinta, como una momia; tenía el color y la consistencia de la cinta scotch. Así que lo bauticé –para mis adentros– Carmelo Scotch. Debe haberse visto extraordinario, casi desnudo, bajo las luces del ring.

Cuando empecé a sufrir de los bronquios, mamá me tuvo que llevar a un hospital para que me curaran. Me hacían inhalaciones, me daban pichicatas, me decían que tenía que tomar sol. Carmelo se preocupó mucho por mi salud y le dijo a mi mamá que yo tenía que hacer ejercicios, correr, saltar. Esas cosas. Entonces se apareció en equipo de gimnasia y me explicó que tenía un plan para volverme un atleta. Extendió sobre la pequeña mesa de fórmica naranja del living un mapa con las etapas de ejercicios que él creía que me iban a cambiar el físico. Empezamos a practicar por las mañanas, en el gimnasio donde trabajaba Carmelo. Abdominales, carrera en velocidad, cintura, cinta. Era grandioso. Él se paraba a mi lado mientras yo la sudaba y me gritaba: “Vamos, más fuerte, ¡téngale bronca al cuerpo!, ¡bronca, bronca!”. Después nos duchábamos juntos. Una vez me contó, mientras nos secábamos, que la alegría más grande de su vida la tuvo cuando le tocó pelear como semifondo de Nicolino Locce. “No sabés lo que era pisar

el ring del Luna repleto... solamente vos iluminado y todos mirándote... las lucecitas rojas de los puchitos en la negrura de las tribunas...”. Fue empate.

Y aún llevo en mis oídos el grito de guerra de Carmelo Scotch: “¡Téngale bronca al cuerpo!”.

Una tarde, mamá me dijo que lo había dado de baja. Tuvo que pasar una semana de hostigamiento para que me dijera por qué. ¡Le había levantado la mano! Mamá era inflexible. Y para elegir a sus novios, una verdadera renacentista. Pasó del deporte al arte. ¡Y al segundo candidato lo capturó delante de mis narices! El profesor Locasso había llegado al colegio para cubrir una suplencia y, sin lugar a dudas, para cobrar lo que pudiera cobrar sin hacer prácticamente nada. Llegaba, ponía sobre el escritorio un paquete de facturas o de merengues –yo iba al cole de mañana– y mientras cruzaba sus pies sobre una silla empezaba a engullir sin parar. Nos decía que teníamos que pintar lo que se nos ocurriera. En la hora de Locasso nos podíamos rascar el higo sin problemas. Así que agarrábamos hojas y dibujábamos cualquier cosa. Cuando se las llevábamos para que les echara una mirada, mientras masticaba y dejaba de leer el diario, miraba nuestro dibujo y nos decía su célebre muletilla: “Más color, alumno, más color”. Aunque la hoja estuviera untada de ténpera

como un pastel de panadería, él repetía “más color, alumno, más color”. Estaba bueno. Nos hacía reír. Por supuesto, para nosotros su nombre cambió de profesor Locasso al de profesor Más Color. E imagínense mi sorpresa la noche en que lo vi sin su guardapolvo, con un traje oscuro que le quedaba un poco grande, y con una botella de vino en la mano en el umbral de la puerta de mi casa. El profesor Más Color era un hombre de unos cuarenta años, con una herradura de pelo blanco que le bordeaba la nuca y que siempre estaba demasiado larga, descuidada. La frente le brillaba como una bola de billar. De cuerpo atlético, cuando caminaba por el patio del colegio, lo hacía a zancadas.

Según pude reconstruir mucho después, Más Color había entablado relación con mi mamá en el acto del 9 de Julio, en el cual di dos pasos adelante y recité un poema alusivo. El colegio se venía abajo de gente y la noche anterior yo había estado muy nervioso. Tenía miedo de que en el momento de recitar el poema se me apareciera en la cabeza la laguna de Chascomús. Pero fue glorioso. Verso a verso, demostré que tenía talento para recitar poemas y durante toda esa semana patria mis compañeros y mis maestros no pararon de elogiar mi *performance*. Pero volvamos al idilio de mi madre. De más está decir que fue la comidilla del

colegio. Todos mis compañeros sabían que mi mamá salía con Más Color. A veces, en los recreos, algunos se animaban a preguntarme si eso me molestaba. Yo les repreguntaba: “¿Que ustedes sepan o que ellos salgan?”. Silencio. Otros compañeros que trataban de ser más comprensivos conmigo me decían que me habría convenido más que mi mamá saliera con el profesor de Matemáticas –materia difícilísima– que con el de Dibujo. Tenían razón. No puedo negar que yo ya había hecho ese razonamiento.

El romance de mi mamá con Más Color duró casi dos años. Cuando ellos terminaron la relación, yo entraba en quinto. A diferencia de Carmelo Scotch, mi vínculo con Más Color fue relajado. El tipo se quedaba a dormir en casa dos veces por semana y a veces salíamos los tres a dar un paseo. Solo una vez salimos él y yo. Me llevó a ver una exposición de Salvador Dalí, pintor al que él admiraba. Le gustaban esas cosas retorcidas. Relojes doblados, crucifijos espaciales. Esa tarde, en un café, tuvimos el siguiente diálogo:

— ¿Te molestaría que yo pase más tiempo en tu casa?

— me preguntó.

— No —le dije después de pensarlo un momento.

— Me parece que sería bueno que hubiera un hombre en la casa y yo estoy pensando en casarme con tu

mamá. Todavía no se lo propuse porque primero quería saber tu opinión.

—El único problema es que la casa es muy chiquita —opiné.

—Si vos y tu mamá están de acuerdo, podríamos mudarnos a otro lugar. Con patio. ¿Te gustaría tener un patio para jugar?

—Sí —le dije después de pensarlo un momento.

Más Color pareció satisfecho con mi contestación. Nos estrechamos la mano y me llevó a viajar por el subte. Me mostró todas las combinaciones posibles y los diferentes modelos de trenes que existían. Cuando llegamos, tarde, a casa, se encerró con mi mamá a charlar en el dormitorio. Me pareció que discutían. Yo me puse el pijama, me lavé los dientes y me acosté a dormir. Me desperté a mitad de la noche y me pareció, todavía más nítido, que estaban discutiendo. La semana siguiente Más Color no se quedó a dormir ni una hora y si bien llamaba por teléfono y hablaba con mamá, yo empecé a presentir que algo andaba con mal color. Traté de recordar la charla que habíamos tenido para ver en qué se le podría haber complicado la cancha. Y saqué las siguientes conclusiones: a mi mamá, sin dudas, le convenía tener un hombre en casa. Es más, ella siempre estaba diciéndole a la peluquera paraguaya

que deseaba encontrar un sustituto de padre para mí. Lo cual a mí me parecía razonable. Yo envidiaba, cuando iba a las casas de mis amigos, cómo ellos podían sentirse seguros y exhibir a sus padres. Así que por el lado del casamiento no debería haber habido problemas. Creo que el conflicto estuvo en la posibilidad de mudarse. Por algún motivo recóndito que a mí me costaba y aún me cuesta entender, mi mamá amaba la pocilga de Plaza Once o *The Eleven Park*, como ella le decía. Algo en la casa tocaba su fibra más íntima y contra esas cosas es imposible marchar.

Una tarde de invierno, mientras mamá se hacía la toca, me comunicó que Más Color había entrado en la inmortalidad. Ahora pienso que mi infancia estuvo separada por tandas en las cuales mi madre me informaba las bajas de sus noviazgos. Yo seguí viendo a Más Color durante tres años –quinto, sexto y séptimo– pero, salvo saludos incómodos cuando nos encontrábamos de frente en el patio del colegio, nos evitábamos. Aunque, es justo decirlo, gracias a él conozco a la perfección la línea de subterráneos que cruza la ciudad. Jamás podría perderme.

Más Color ya era historia cuando me anoté en el ateneo de la iglesia de San Antonio para jugar a la pelota todas las tardes. Los curas te atrapaban con una

cancha extraordinaria y, a cambio, te pedían que tomaras la comunión. Así que fui derecho a catequesis y terminé como monaguillo en un par de misas. Una tarde mamá me pasó a buscar y me dijo que la esperara porque quería confesarse. Me pareció raro ese gesto viniendo de ella. Pero es verdad que para ese entonces se pasaba mucho tiempo en la cama, como si algo le hubiera roto el ánimo. El padre Manuel la escuchó en silencio, en el confesionario. Mamá empezó a venir tarde de por medio para confesarse o para caminar charlando con el padre Manuel. Me dijo que el cura –que era muy joven– lograba darle ánimos para vivir. “Mamá, ¿por qué no querés vivir?”, le pregunté. “No es que no quiera vivir, es que no tengo ánimos”, me contestó.

Una noche, en que me había quedado más de la cuenta en la casa de un amigo, me sorprendí viendo salir al padre Manuel de mi edificio. Lo que más me sorprendió fue que estaba vestido como un hombre cualquiera. Él no me vio, pero yo lo vi clarísimo porque estaba en la vereda de enfrente. No dije ni mu. Cuando entré a casa, mamá estaba con los ojos rojos, como si hubiera estado llorando. Al otro día se la pasó encerrada en su pieza con la peluquera paraguaya. Cuando abrían la puerta porque necesitaban

ir al baño o a buscar algo a la cocina, salía un olor espantoso a cigarrillos. Creo que por eso yo no fumé nunca.

Decidí hablar con el padre Manuel después de que me encontré a mamá sentada en el livincito, con unas ojeras inmensas. Parecía que había estado sentada ahí desde su pubertad. “Todos los aparatos de la casa decidieron suicidarse”, me dijo con una voz muy ronca apenas me vio. No andaban la heladerita ni el televisor y el calefón hacía un ruido horrible cuando abríamos la canilla de agua caliente.

El padre Manuel estaba leyendo en su cuarto, me dijeron. Le dije a la monjita que lo necesitaba urgente. Al rato lo vi venir por el corredor de la escuela. Esta vez tenía su sotana negra e impecable. Me acarició la cabeza y salimos a caminar por la cancha de fútbol que a esa hora –las dos de la tarde– estaba vacía. Era un día primaveral.

—Padre, no sé qué le pasa a mi mamá —le dije. Sentí que la voz me salía del pecho.

—Hijo —me dijo, a pesar de que era muy joven—. ¿Sabés cuál fue el calvario de nuestro señor Jesucristo?

—¿Todo el asunto de los romanos y las espinas en la cabeza y la traición de Judas?

—Exactamente. Quiero que pienses mucho en esa parte de la historia de nuestro Señor. Porque muchas veces en la vida, los adultos tenemos que hacer grandes sacrificios. ¿Entendés?

No le entendía ni jota. Pero asentí. Me estaba dando un pesto bárbaro.

—Tu madre es una mujer ejemplar. Quiero que esto te quede bien claro. Y la mayoría de las veces las personas muy íntegras sufren demasiado. Ahora vamos a ir a la iglesia y nos vamos a arrodillar para rezar por ella.

Y así fue. Rezamos en silencio. Para ser sincero, yo no recé. Mi cabeza saltaba de una imagen a otra como si fuera un videojuego. Lo veía al padre Manuel con sotana, después lo veía en ropa sport, como lo vi cuando salía de mi edificio, después me lo imaginaba en calzoncillos, después jugando al fútbol... Al final me dio la mano y me dijo que me fuera tranquilo, que el Señor sabe lo que hace.

Lo cierto es que mamá no volvió a la iglesia y a los pocos meses lo trasladaron al padre Manuel a un convento en Córdoba. El Señor no se equivocaba porque mamá empezó a andar mejor y finalmente salió de esa melancolía en la que estaba hundida. Arreglamos el televisor, arreglamos la heladerita y sacamos el calefón y pusimos un termotanque.

Pasó casi toda mi secundaria sin que mi mamá trajera otro novio a casa.

Y justo cuando me estaba preparando para entrar en la universidad, llegó el último y quizá el más importante para mí. Se llamaba Rolando, trabajaba poniendo antenas, en las alturas, y fue clave porque él me habló por primera vez de mi padre. Porque él estaba obsesionado con el tipo que fue mi padre.

Mamá lo conoció en un grupo que se reunía los domingos en el Hospital Pena. Era un grupo de ayuda psicológica para poder superar la tristeza de los domingos. No era que mi mamá se pusiera mala los domingos, fue acompañando a la peluquera paraguaya que los domingos a eso de las siete, invariablemente, se quería matar. Rolando estaba yendo porque era de un equipo de fútbol que se había ido a la B y por eso sufría los domingos sin partidos. Según mamá, fue un flechazo fulminante. Rolando tenía rulos, un corte tipo Príncipe Valiente y la voz ronca. Me cayó bien enseguida. Y más cuando me enteré que se la pasaba en los techos de los edificios arreglando y poniendo antenas.

Me encanta la gente que se cuelga de los techos, me encanta saltar por los techos de las casas.

Así que rápidamente –yo tenía diecisiete años– me le pegué como acompañante en su trabajo. Era superior.

En el verano, subíamos a las cimas con una heladerita de telgopor donde poníamos seis latitas de cerveza. A veces, si no habíamos comido, nos llevábamos en un táper queso y dulce. Después de arreglar las antenas nos sentábamos a, como él decía, chamuyar. Rolando estaba obsesionado con la vida que llevaban algunas personas. “Fijate esos tipos que andan por el mundo jugando en el equipo que les hace de sparring a los Globetrotters. Eso es espantoso. Recorrer el mundo poniendo la cara para que esos negros guachopijas te hagan hacer el ridículo. Hay destinos espantosos, ¿no?”. Y siempre, después de las cervezas, me hablaba de mi viejo: “Yo no sé cómo tu mamá le pudo creer a ese imbécil todo lo que le decía. ¿Vos sabés que tu viejo andaba metido en la guerrilla y que prefirió eso a tener una familia, cuidarte a vos, verte crecer...? ¡Y tu mamá lo creía un tipo grosso, inteligente! ¿En serio nunca viste ni una foto suya?”.

Una tarde, mientras veíamos caer el sol desde los techos de un edificio altísimo, me dijo: “Vos sabés que yo ahora te quiero mucho”. “Sí, lo sé”, le dije y sentí que se me ponía la piel de gallina. “Pero antes no podía ni verte porque pensaba que eras un polvo de tu viejo hecho carne”. No le contesté nada porque me quedé pensando en su expresión, y me acordé de cuando el padre Manuel decía que Cristo era Dios hecho carne.

Rolando se bajó todas las cervezas y al rato dijo: “A esta hora en Italia la llaman el *Pomeriggio*, ¿sabés por qué?”. No dije ni mu. “Porque *pomeriggio* significa tomate, ¿ves el color que tiene el cielo?”. Qué capo. El cielo estaba rojísimo. Agregó: “¿Ves?, desde acá podemos ver toda la ciudad, ¿no es fantástico? La mayoría de la gente no sabe que estamos acá arriba, mirándolos. Somos como dioses”.

A veces, antes de clavar una antena contra el techo, la levantaba con una sola mano y gritaba: “¡Ya tengo el poder!”. Y nos matábamos de risa. Otras veces se ponía melancólico y me decía: “Jurame que si vuelve tu viejo vos no te vas a dejar engrupir por él”. “¿De dónde va a volver, Rolando?”, le preguntaba. “¡Qué sé yo, de la loma del orto!”, me largaba.

Pasó el tiempo y me sortearon para la colimba. Me tocó tierra y tuve que bajar de las cimas. Pasé un año en el infierno como asistente de un milico. En algún momento de ese año, mi mamá y Rolando rompieron. Ella me lo comunicó en una carta. Cuando volví a casa, conseguí trabajo arreglando antenas. A Rolando nunca lo volví a ver, pero supe de él por un portero de un edificio. Me dijo que le había agarrado vértigo y que por eso dejó de trabajar en las cimas. A mí eso me sonó a ciencia ficción.

A veces, cuando estoy en las alturas, con mi vianda, me doy cuenta de lo increíble que fue que me dejara acompañarlo y aprender el oficio. Porque el vértigo de los techos es una disciplina para personas solitarias. Para animales fabulosos. No se necesita a nadie acá arriba.



Este cuento se publicó en *Los Lemmings y otros*.

Si te gustó...

Perros complicados, cuentos de Ema Wolf; *La familia Cateura*, relatos de Landrú; *Cualca*, programa dirigido por Federico Suárez y Esteban Garay Santaló; *Esperando la carroza*, película dirigida por Alejandro Doria; *Cama adentro*, película dirigida por Jorge Gaggero.

“Las cosas se fueron dando solas y de a poco. Un día me encontré con que escribir era mi profesión. Y me gusta mucho. Pero como soy levemente claustrofóbica, prefiero pensar que todavía estoy a tiempo de cambiarla”.

Ema Wolf

Ema Wolf

Buenos Aires, 1948

Escritora. Si bien es conocida por ser autora de literatura para las infancias, también ha publicado libros para personas adultas, como *El ataúd de plomo* y *Ciencias naturales*. En 2005 recibió el Premio Alfaguara de Novela por *El turno del escriba*, escrita en colaboración con Graciela Montes.

Carta a Chichita

26 de abril, donde esté ahora.

CHICHITA MÍA:

Aquí me tenés, orbitando, como siempre. Si he de serte sincero no hay mucho más por hacer en el transbordador. Yo orbito, los otros seis que están conmigo orbitan, todos juntos orbitamos. Las ostras también. Día y noche orbitamos.

Tendrías que ver la Tierra desde acá, lo chica que parece. Contesto a tu pregunta: no, no alcanzo a ver Olavarría y menos la puerta de tu casa, pero me imagino que quedó mucho mejor así, barnizada. Hicieron bien en sacarle la pintura vieja y darle barniz. Le hacía falta. La veré cuando vuelva.

No duermo bien porque cuando me acuesto la cabeza y los brazos me flotan. En la mitad de la noche la almohada se suelta y flota. Es una desgracia

tener que levantarse a buscarla cuando uno tiene tanto sueño. Sobre todo porque apenas me desato yo también floto. Así andamos, yo que manoteo la almohada y la almohada que se escapa. ¡No peso, Chichi! ¿Podés creer que no peso? Acá nadie pesa, ¡ni las ostras! Y mirá que son animales livianos. (Ahí pasa un meteorito. Hay muchos. El asunto es esquivarlos). Bueno, esto del peso ya te lo conté en la carta anterior, creo. No quiero aburrirte. Ahora te cuento algo mucho más raro. Es lo que me tiene peor:

Aquí las noches son tan cortas que no alcanzan para dormir.

Porque una cosa que no nos dijeron antes de despegar fue que cuando uno orbita, así como estamos haciendo nosotros, ve dieciséis amaneceres y atardeceres por día: uno cada noventa minutos. Amanece, y a la hora y media atardece. Amanece y atardece. Todo el tiempo. Así que cuando te digo “por día”, me refiero a los días de ustedes: nosotros aquí tenemos muchos más. Y muchas más noches. ¿Te acordás de mi pesadilla de los leones en el armario? La tengo muchas más veces también. Ayer fue hace un ratito nomás, mañana va a ser enseguida. No termino de despabilarme. A la noche nos

saludamos “hasta mañana”, pero es medio al cuate, ¿entendés?

Eso pasa porque estamos dando vueltas muy lejos y a mucha velocidad. Estamos yirando a casi mil kilómetros de la Tierra y a veintiocho mil kilómetros por hora. Nos dicen que por eso tenemos el reloj biológico confundido. Bingo. Yo creo que cualquier reloj se confunde con una cosa así.

Willy, el cocinero, tiene problemas con los porotos por este asunto. Willy dice que la receta dice que hay que ponerlos en remojo la noche anterior y hervirlos por la mañana, pero hay tan poco tiempo entre la noche y la mañana que siempre los comemos duros. El pobre está preocupado y desde la base todavía no le contestan qué hacer en la emergencia. Se ve que esto no lo tenían previsto. O están durmiendo allá abajo.

De paso contesto tu otra pregunta: las ostras que traemos no son para comer, nosotros no comemos tan fino, son para estudiarlas. Ellos quieren averiguar algo sobre las ostras que orbitan: cómo se sienten, qué piensan o algo así. La verdad, no me imagino qué tiene de interesante eso. No es asunto mío. Me parece que se van a llevar una sorpresa con

ellas. Willy se ocupa de alimentarlas, pero las pobres ya hace días que no abren las valvas cuando les lleva comida. No sabemos si están muertas o hartas. La cuestión es que tanto amanecer y atardecer hace que uno les pierda el gusto. Los mirás desde la ventanilla y pensás: otra vez sopa. No digo que sean feos, digo que son demasiados. Y todos iguales. Ya los ves como si lloviera. Lo que quiero decirte es que ningún atardecer es como aquel, Chichi, te lo juro. Aquel atardecer en Olavarría, cuando vos y yo nos conocimos. Cuando nos cruzamos por casualidad en el puesto del finado Lorenzo el día que le llevaste el pollo a la viuda. (A propósito, ¿cómo está doña Rita?). No me acuerdo qué color tenía el cielo porque ni lo miré. Te miré a vos. Pero debió estar muy lindo. Había olor a fogata, habían estado quemando pasto. (¡Acá ni se te ocurra hacer fuego!). Y a Lorenzo le había nacido un ternero rubio, ¿te acordás?, su ternero póstumo habrá sido.

Ese atardecer no se repite, Chichi, ese fue único, no como los de acá. Los cambio todos, todos estos, por un ratito de aquel. ¿Vos te das cuenta? ¡Quién iba a imaginar entonces que un día iba a escribirte desde la órbita!

Bueno, si nos bajan el jueves como nos prometieron, calculo que el domingo a la noche estoy por allá. Avisale a la vieja que me tenga listo el catre. Espérenme con todos los brazos abiertos. Un beso de tu

José



Este cuento se publicó en *Nabuco*, etc.

Si te gustó...

Una historia del conurbano, relatos de Pedro Saborido; *El rey de la milonga y otros cuentos*, cuentos de Roberto Fontanarrosa; *Tiempo de valientes*, película dirigida por Damián Szifrón; *El cuento de las comadreas*, película dirigida por Juan José Campanella; *Dos hermanos*, película dirigida por Daniel Burman.

“Con un humor agudo y muchas veces ácido, hiriente, examinó los caracteres ciudadanos, los radiografió, los desnudó; fue componiendo un fresco de idiosincrasias, picardías, maldades y bondades populares, donde cada uno hablaba su lenguaje, y la ciudad, poco a poco, pero tenaz y abarcadoramente, se extrovertía y se reconocía”.

Mario Goloboff

Roberto Arlt

Buenos Aires, 1900 - 1942

Escritor, dramaturgo, inventor y periodista. Fue una de las figuras más singulares de la literatura rioplatense y se lo considera el introductor de la novela moderna en Argentina. Para muchos, su obra más acabada es *Los siete locos* (1929). La novelística de Arlt incluye también *Los lanzallamas* (1931) y *El amor brujo* (1932). Entre 1928 y 1933 escribió en el diario *El Mundo* una columna sobre la vida cotidiana de la ciudad de Buenos Aires, estos textos breves y descriptivos fueron conocidos como *Aguafuertes porteñas*.

Amor en el Parque Rivadavia

SI ME LO CUENTAN NO LO CREO. EN SERIO, NO hubiera creído.

Si yo no fuera Roberto Arlt, y leyera esta nota, tampoco creería.

Y sin embargo, es cierto.

¿Cómo empezaré? Diciendo que la otra tarde, “una hermosa tarde” ... Pero esto sería inexacto porque una “hermosa tarde” no puede ser aquella en que ha llovido. Tampoco era de tarde, sino de noche, bien anohecido, las ocho.

Como contaba, había llovido. Llovió un rato, lo suficiente para lavar los bancos, humedecer la tierra y dejar los caminos de las plazas en estado pastoso.

Más aún: llovió de tal manera que si usted se fijaba en los bancos de las plazas, comprobaba que conservaban frescas manchas de agua. No había banco que no estuviera mojado.

Eran las ocho de la noche y yo cruzaba el Parque Rivadavia. No iba triste ni alegre, sino tranquilo y sereno

como un ciudadano virtuoso. Alguna que otra pareja se cruzaba en mi camino y yo aspiraba el olor a los eucaliptos que flotaba en el aire embalsamándolo dulcemente, o mejor dicho acremente, pues el olor de los eucaliptos deriva del alquitrán que contienen, y el olor del alquitrán no es dulzón sino amargo.

Perramus
*Abrigo liviano de
 tela impermeable.*

Como decía, iba cruzando el parque, hecho un santito. Las manos sumergidas en los bolsillos del perramus, y los ojos atentos.

Y de pronto... (aquí llegamos y por eso me retardo en llegar). De pronto, en una alameda que corre de Este a Oeste, y llena de bancos en los que los focos revelaban frescas manchas de agua, vi parejas

Liadas
Entrelazadas.

compuestas de seres humanos de distinto sexo, conversando (esto de conversar es una metáfora) muy liadas. ¿Se dan cuenta ustedes? No solo no sentían el fresco ambiente,

sino que eran hasta insensibles al agua sobre la cual estaban sentados.

Yo me hacía cruces, y me decía: “No, no es posible... ¿Quién va a creer esto? No es posible”. Y como un ingenuo, acercaba mi nariz a los bancos, los miraba y los veía, mojados, mojados a tal punto que, con perramus y todo, yo no me hubiera sentado allí. Y las parejas, como si tal cosa...

Cualquiera hubiera dicho que en vez de estar diciéndose ternezas sobre una dura madera mojada, reposaban en

cojines de Persia rellenos de plumas de grulla rosada. Y no era una pareja... pareja que de haber sido una, nos hubiera podido hacer exclamar: ¡una golondrina no hace verano!

No, no era una pareja. Eran muchas, pero muchas parejas, igualmente insensibles a la humedad e igualmente laboriosas en eso de demostrarse que se querían.

Algunas permanecían en un silencio comatoso, otras, cuando yo me acercaba, se apresuraban a gesticular como si discutieran temas de vital interés. En fin, terminé de cruzar el parque, consternado y admirado, pues ignoraba que el amor, como un hidrófugo cualquiera, impermeabiliza las ropas de los que se sentaban en bancos mojados.

Comatoso

Relacionado con el estado de coma.

Hidrófugo

Que evita la humedad o las filtraciones de agua.

La otra noche vuelvo a pasar por el Parque Rivadavia. Hecho un santito, con las manos sumergidas en el bolsillo del perramus y los ojos atentos. No llovía, pero había, en cambio, una humedad de mil demonios, si mil demonios pueden ser húmedos. Tanta humedad, que la humedad se distinguía flotando en el aire bajo la forma de neblina. Eran las ocho de la noche, hora en que los ciudadanos virtuosos se dirigen a sus casas para embodegar un plato de sopa bien caliente. Y yo cruzaba el parque pensando que bien me había ganado un plato de sopa y otro de estofado, pues tenía frío y sentía debilidad. A diez metros

de distancia apenas si se distinguía a un cristiano o a una cristiana. Tan espesa era la neblina. Y yo pensaba: “Heme aquí, en el lugar más adecuado para pescarme una bronconeumonía o, cuando menos, una pulmonía doble. No hablemos de gripe, porque de solo poner las narices por aquí uno se hace acreedor de ella”.

Asépticos
Que no está infectado o que no tiene gérmenes.

Iba entregado a estos pensamientos asépticos o bacilosos, cuando llegué a la alameda que corre de Este a Oeste. Esa, la misma, la de los bancos.

¿Querrán creerme ustedes?

Desafiando las bronconeumonías, las pulmonías dobles y simples, las gripes, los resfríos, las pleuresías secas y húmedas, y cuanta peste pueda relacionarse con las vías respiratorias, innumerables parejas de niños y señoritas, jóvenes y caballeros, se arrullaban de dos en dos bajo las ramas de los árboles, que goteaban lagrimones diamantinos.

Arrullo
Canto propio de las palomas para cortejar.

Juro que sería criminal no confesar que se arrullaban tiernamente. No es necesario que la fuerza pública lo obligue a declarar a uno por la violencia. No. Se arrullaban tiernamente. En la neblina, bajo los árboles goteadores.

Diamantinos
Duro, persistente como un diamante.

“Ya ni en la paz de los sepulcros creo”. No creo en los efectos de la lluvia, de la neblina, del viento, del frío ni del diablo. No creo en la paz ni en la soledad de nada.

Siempre, y siempre que me he dirigido a un sitio solitario y oscuro, a un paraje que desde afuera hacía pensar en la soledad del desierto, siempre he encontrado allí una muchedumbre. De manera que me inclino a creer que la única soledad posible es aquella que se produce en un agujero de tierra en cuyo fondo dejaron un cajón... ni en esa se puede creer.

De cualquier manera, he aprendido algo: que el que quiere soledad que la busque dentro de sí mismo, y que no importune a las parejas, que por tener la convicción de su amor, se quieren al aire libre y a la luz de una o varias lunas de arco voltaico.



Este cuento se publicó en *Aguafuertes porteñas*.

Si te gustó...

Como una buena madre, cuentos de Ana María Shua; *Pequeña enciclopedia de biografías espantosas*, relatos de Santiago Varela; *La suerte está echada*, película dirigida por Sebastián Borensztein; *Felicidades*, película dirigida por Lucho Bender; *Kryptonita*, película dirigida por Nicanor Loreti.

“En la literatura no hay un texto que les gane a todos los demás, como el campeón mundial de tenis les gana a sus rivales. Si son buenos, cada uno tiene su particular encanto, su punto de vista, su reflexión sobre la humanidad”.

Ana María Shua

Ana María Shua

Buenos Aires, 1951

Escritora, periodista y guionista de cine. Ha publicado más de 50 libros de cuentos, novelas y microrrelatos. Algunas de sus novelas son *Los amores de Laurita* (1984), *Hija* (2016); algunos de sus cuentos, *Como una buena madre* (2002), *Que tengas una vida interesante* (2009) y sus microrrelatos, *Fenómenos de circo* (2011) y *La guerra* (2019), entre otros.

Octavio, el invasor

ESTABA PREPARADO PARA LA VIOLENCIA aterradora de la luz y el sonido, pero no para la presión, la brutal presión de la atmósfera sumada a la gravedad terrestre, ejerciéndose sobre ese cuerpo tan distinto del suyo, cuyas reacciones no había aprendido todavía a controlar. Un cuerpo desconocido en un mundo desconocido. Ahora, cuando después del dolor y de la angustia del pasaje, esperaba encontrar alguna forma de alivio, todo el horror de la situación se le hacía presente.

Solo las penosas sensaciones de la transmigración podían compararse a lo que acababa de pasar, pero después de aquella experiencia había tenido unos meses de descanso, casi podría decirse de convalecencia, en una oscuridad cálida donde los sonidos y la luz llegan muy amortiguados y el líquido en el que

Transmigración
Peregrinación del espíritu y alma de un cuerpo a otro.

flotaba atenuaba la gravedad del planeta. Sintió frío, sintió un malestar profundo, se sintió transportado de un lado a otro, sintió que su cuerpo necesitaba desesperadamente oxígeno, pero ¿cómo y dónde obtenerlo? Un alarido se le escapó de la boca, y supo que algo se expandía en su interior, un ingenioso mecanismo automático que le permitiría utilizar el oxígeno del aire para sobrevivir.

—Varón —dijo la partera—. Un varoncito sano y hermoso, señora.

—¿Cómo lo va a llamar? —dijo el obstetra.

—Octavio —contestó la mujer, agotada por el esfuerzo y colmada de esa pura felicidad física que solo puede proporcionar la interrupción brusca del dolor.

Octavio descubrió, como una circunstancia más del horror en el que se encontraba inmerso, que era incapaz de organizar en percepción sus sensaciones: debía haber voces humanas, pero no podía distinguirlas en la masa indiferenciada de sonidos que lo asfixiaba, otra vez se sintió transportado, algo o alguien lo tocaba y movía partes de su cuerpo, la luz lo dañaba. De pronto lo alzaron por el aire para depositarlo sobre algo tibio y blando. Dejó de aullar: desde el interior de ese lugar cálido provenía, amortiguado, el ritmo acompasado, tranquilizador, que había oído

durante su convaleciente espera. El terror disminuyó. Comenzó a sentirse inexplicablemente seguro, en paz. Allí estaba por fin, formando parte de las avanzadas, en este nuevo intento de invasión que, esta vez, no fracasaría. Tenía el deber de sentirse orgulloso, pero el cansancio luchó contra el orgullo hasta vencerlo: sobre el pecho de la hembra terrestre que creía ser su madre se quedó, por primera vez en este mundo, profundamente dormido.

Despertó un tiempo después. Se sentía más lúcido y comprendía que ninguna preparación previa podría haber sido suficiente para responder coherentemente a las brutales exigencias de ese cuerpo que habitaba y que solo ahora, a partir del nacimiento, se imponían en toda su crudeza. Era lógico que la transmigración no se hubiera intentado en especímenes adultos: el brusco cambio de conducta, la repentina torpeza en el manejo de su cuerpo, hubieran sido inmediatamente detectados por el enemigo.

Octavio había aprendido, antes de partir, el idioma que se hablaba en esa zona de la Tierra. O, al menos, sus principales rasgos. Porque recién ahora se daba cuenta de la diferencia entre la adquisición de una lengua en abstracto y su integración con los hechos biológicos y culturales en los que esa lengua

se había constituido. La palabra “cabeza”, por ejemplo, había comenzado a cobrar su verdadero sentido (o, al menos, uno de ellos) cuando la fuerza gigantesca que lo empujara hacia adelante lo había obligado a utilizar esa parte de su cuerpo, que latía aún dolorosamente, como ariete para abrirse paso por un conducto demasiado estrecho.

Recordó que otros como él habían sido destinados a las mismas coordenadas témporo-espaciales. Se preguntó si algunos de sus poderes habrían sobrevivido a la transmigración y si serían capaces de utilizarlos. Consiguió enviar algunas débiles ondas telepáticas que obtuvieron respuesta inmediata: eran nueve y estaban allí, muy cerca de él y, como él, llenos de miedo, de dolor y de pena. Sería necesario esperar antes de empezar a organizarse para proseguir con sus planes. Su cuerpo volvió a agitarse y a temblar incontroladamente y Octavio lanzó un largo aullido al que sus compañeros respondieron: así, en ese lugar desconocido y terrible, lloraron juntos la nostalgia del planeta natal.

Dos enfermeras entraron en la nursery.

—Qué cosa —dijo la más joven—. Se larga a llorar uno y parece que los otros se contagian, enseguida se arma el coro.

—Vamos, apurate que hay que bañarlos a todos y llevarlos a las habitaciones —dijo la otra, que consideraba su trabajo monótono y mal pago y estaba harta de oír siempre los mismos comentarios.

Fue la más joven de las enfermeras la que llevó a Octavio, limpio y cambiado, hasta la habitación donde lo esperaba su madre.

—Toc toc, ¡buenos días, mamita! —dijo la enfermera, que era naturalmente simpática y cariñosa y sabía hacer valer sus cualidades a la hora de ganarse la propina.

Aunque sus sensaciones seguían constituyendo una masa informe y caótica, Octavio ya era capaz de reconocer aquellas que se repetían y supo, entonces, que la mujer lo recibía en sus brazos. Pudo, incluso, desglosar el sonido de su voz de los demás ruidos ambientales. De acuerdo con sus instrucciones, Octavio debía lograr que se lo alimentara artificialmente: era preferible reducir a su mínima expresión el contacto físico con el enemigo.

—Miralo al muy vagoneta, no se quiere prender al pecho.

—Acordate que con Ale al principio pasó lo mismo, hay que tener paciencia. Avisá a la nursery que te lo dejen en la pieza. Si no, te lo llenan de suero glucosado

y cuando lo traen ya no tiene hambre —dijo la abuela de Octavio.

En el sanatorio no aprobaban la práctica del *rooming-in*, que consistía en permitir que los bebés permanecieran con sus madres en lugar de ser remitidos a la nursery después de cada mamada. Hubo un pequeño forcejeo con la jefa de *nurses* hasta que se comprobó que existía la autorización expresa del pediatra. Octavio no estaba todavía en condiciones de enterarse de estos detalles y solo supo que lo mantenían ahora muy lejos de sus compañeros, de los que le llegaba a veces alguna remota vibración.

Cuando la dolorosa sensación que provenía del interior de su cuerpo se hizo intolerable, Octavio comenzó a gritar otra vez. Fue alzado por el aire hasta ese lugar cálido y mullido del que, a pesar de sus instrucciones, odiaba separarse. Y cuando algo le acarició la mejilla, no pudo evitar que su cabeza girara y sus labios se entreabrieran; desesperado, empezó a buscar frenéticamente alivio para la sensación quemante que le desgarraba las entrañas. Antes de darse cuenta de lo que hacía, Octavio estaba succionando con avidez el pezón de su “madre”. Odiándose a sí mismo, comprendió que toda su voluntad no lograría desprenderlo de la fuente de alivio, el cuerpo mismo

de un ser humano. Las palabras “dulce” y “tibio” que, aprendidas en relación con los órganos que en su mundo organizaban la experiencia, le habían parecido términos simbólicos, se llenaban ahora de significado concreto. Tratando de persuadirse de que esa pequeña concesión en nada afectaría su misión, Octavio volvió a quedarse dormido.

Unos días después, Octavio había logrado, mediante una penosa ejercitación, permanecer despierto algunas horas. Ya podía levantar la cabeza y enfocar durante algunos segundos la mirada, aunque los movimientos de sus apéndices eran todavía totalmente descoordinados. Mamaba regularmente cada tres horas. Reconocía las voces humanas y distinguía las palabras, aunque estaba lejos de haber aprehendido suficientes elementos de la cultura en la que estaba inmerso como para llegar a una comprensión cabal. Esperaba ansiosamente el momento en que sería capaz de una comunicación racional con esa raza inferior a la que debía informar de sus planes de dominio, hacerles sentir su poder. Fue entonces cuando recibió el primer ataque.

Lo esperaba. Ya había intentado comunicarse telepáticamente con él, sin obtener respuesta. Aparentemente el traidor había perdido parte de sus poderes o se negaba a utilizarlos. Como una descarga eléctrica, había sentido

el contacto con esa masa roja de odio en movimiento. Lo llamaban Ale y también Alejandro, chiquito, nene, tesoro. Había formado parte de una de las tantas invasiones que fracasaron, hacía ya dos años, perdiéndose todo contacto con los que intervinieron en ella. Ale era un traidor a su mundo y a su causa: era lógico prever que trataría de librarse de él por cualquier medio.

Mientras la mujer estaba en el baño, Ale se apoyó en el moisés con toda la fuerza de su cuerpecito hasta volcarlo. Octavio fue despedido por el aire y golpeó con fuerza contra el piso aullando de dolor. La mujer corrió hacia la habitación gritando. Ale miraba espantado los magros resultados de su acción, que podía tener, en cambio, terribles consecuencias para su propia persona. Sin hacer caso de él, la mujer alzó a Octavio y lo apretó suavemente contra su pecho canturreando para calmarlo. Avergonzándose de sí mismo, Octavio respiró el olor de la mujer y lloró y lloró hasta lograr que le pusieran el pezón en la boca. Aunque no tenía hambre, mamó con ganas mientras el dolor desaparecía poco a poco. Para no volverse loco, Octavio trató de pensar en el momento en el que por fin llegaría a dominar la palabra, la palabra liberadora, el lenguaje que, fingiendo comunicarlo, serviría en cambio para establecer la necesaria

distancia entre su cuerpo y ese otro en cuyo calor se complacía.

Frustrado en su intento de agresión directa y estrechamente vigilado por la mujer, el traidor tuvo que contentarse con expresar su hostilidad en forma más disimulada, con besos que se transformaban en mordiscos y caricias en las que se hacían sentir las uñas. Sus abrazos le produjeron en dos oportunidades un principio de asfixia. La segunda vez volvió a rescatarlo la intervención de la mujer: Alejandro se había acostado sobre él y con su pecho le aplastaba la boca y la nariz, impidiendo el paso del aire.

De algún modo, Octavio logró sobrevivir. Había aprendido mucho. Cuando entendió que se esperaba de él una respuesta a ciertos gestos, empezó a devolver las sonrisas estirando la boca en una mueca vacía que los humanos festejaban como si estuviera colmada de sentido. La mujer lo sacaba a pasear en el cochecito y él levantaba la cabeza todo lo posible, apoyándose en los antebrazos, para observar el movimiento de las calles. Algo en su mirada debía llamar la atención, porque la gente se detenía para mirarlo y hacer comentarios.

—¡Qué divino! —decían casi todos, y la palabra “divino”, que hacía referencia a una fuerza desconocida y suprema, le parecía a Octavio peligrosamente

reveladora: tal vez se estuviera descuidando en la ocultación de sus poderes.

—¡Qué divino! —insistía la gente.

—¡Cómo levanta la cabecita! —Y cuando Octavio sonreía, añadían complacidos—: ¡Este sí que no tiene problemas! —Octavio conocía ya las costumbres de la casa y la repetición de ciertos hábitos le daba una sensación de seguridad. Los ruidos violentos, en cambio, volvían a sumirlo en un terror descontrolado, retro trayéndolo al dolor de la transmigración. Relegando sus intenciones ascéticas, Octavio no temía ya a entregarse a los placeres animales que le proponía su nuevo cuerpo. Le gustaba que lo introdujeran en agua tibia, que lo cambiaran, dejando al aire las zonas de su piel escaldadas por la orina, le gustaba más que nada el contacto con la piel de la mujer. Poco a poco se hacía dueño de sus movimientos. Pero a pesar de sus esfuerzos por mantenerla viva, la feroz energía destructiva con la que había llegado a este mundo iba atenuándose junto con los recuerdos del planeta de origen.

Octavio se preguntaba si subsistían en toda su fuerza los poderes con que debía iniciar la conquista y que todavía no había llegado el momento de probar. Ale, era evidente, ya no los tenía: desde allí, y

a causa de su traición, debían haberlo despojado de ellos. En varias oportunidades se encontró por la calle con otros invasores y se alegró de comprobar que aún eran capaces de responder a sus ondas telepáticas. No siempre, sin embargo, obtenía contestación, y una tarde de sol se encontró con un bebé de mayor tamaño, de sexo femenino, que rechazó con fuerza su aproximación mental.

En la casa había también un hombre, pero afortunadamente Octavio no se sentía físicamente atraído hacia él, como le sucedía con la mujer. El hombre permanecía menos tiempo en la casa y aunque lo sostenía frecuentemente en sus brazos, Octavio percibía un halo de hostilidad que emanaba de él y que por momentos se le hacía intolerable. Entonces lloraba con fuerza hasta que la mujer iba a buscarlo, enojada.

—¡Cómo puede ser que a esta altura todavía no se pas tener a un bebe en brazos!

Un día, cuando Octavio ya había logrado darse vuelta boca arriba a voluntad y asir algunos objetos con las manos torpemente, él y el hombre quedaron solos en la casa por primera vez, el hombre quiso cambiarlo, y Octavio consiguió emitir en el momento preciso un chorro de orina que mojó la cara de su padre.

El hombre trabajaba en una especie de depósito donde se almacenaban en grandes cantidades los papeles que los humanos utilizaban como medio de intercambio. Octavio comprobó que estos papeles eran también motivo de discusión entre el hombre y la mujer y, sin saber muy bien de qué se trataba, tomó el partido de ella. Ya había decidido que, cuando se completaran los planes de invasión, la mujer, que tanto y tan estrechamente había colaborado con el invasor, merecería gozar de algún tipo de privilegio. No habría, en cambio, perdón para los traidores. A Octavio comenzaba a molestarle que la mujer alzara en brazos o alimentara a Alejandro y hubiera querido prevenirla contra él: un traidor es siempre peligroso, aun para el enemigo que lo ha aceptado entre sus huestes.

El pediatra estaba muy satisfecho con los progresos de Octavio, que había engordado y crecido razonablemente y ya podía permanecer unos segundos sentado sin apoyo.

—¿Viste qué mirada tiene? A veces me parece que entiende todo —decía la mujer, que tenía mucha confianza con el médico y lo tuteaba.

—Estos bichos entienden más de lo que uno se imagina —contestaba el doctor, riendo. Y Octavio devolvía una sonrisa que ya no era solo una mueca vacía.

Mamá destetó a Octavio a los siete meses y medio. Aunque ya tenía dos dientes y podía mascullar unas pocas sílabas sin sentido para los demás, Octavio seguía usando cada vez con más oportunidad y precisión su recurso preferido: el llanto. El destete no fue fácil porque el bebé parecía rechazar la comida sólida y no mostraba entusiasmo por el biberón. Octavio sabía que debía sentirse satisfecho de que un objeto de metal cargado de comida o una tetina de goma se interpusieran entre su cuerpo y el de la mujer, pero no encontraba en su interior ninguna fuente de alegría. Ahora podía permanecer mucho tiempo sentado y arrastrarse por el piso: pronto llegaría el gran momento en que lograría pronunciar su primera palabra, y se contentaba con soñar en el brusco viraje que se produciría entonces en sus relaciones con los humanos. Sin embargo, sus planes se le aparecían confusos, lejanos, y a veces su vida anterior le resultaba tan difícil de recordar como un sueño.

Aunque la presencia de la mujer no le era ahora imprescindible, ya que su alimentación no dependía de ella, su ausencia se le hacía cada vez más intolerable. Verla desaparecer detrás de una puerta sin saber cuándo volvería le provocaba un dolor casi físico que se expresaba en gritos agudos. A veces ella jugaba a

las escondidas, tapándose la cara con un trapo y gritando, absurdamente: “¡No tá mamá, no tá!”. Se des-
tapaba después y volvía a gritar: “¡Acá tá mamá!”. Octavio disimulaba con risas la angustia que le provocaba la desaparición de ese rostro que sabía, sin embargo, tan próximo.

Inesperadamente, al mismo tiempo que adquiría mayor dominio sobre su cuerpo, Octavio comenzó a padecer una secuela psíquica del Gran Viaje: los rostros humanos desconocidos lo asustaban. Trató de racionalizar su terror diciéndose que cada persona nueva que veía podía ser un enemigo al tanto de sus planes. Ese temor a los desconocidos produjo un cambio en sus relaciones con su familia terrestre. Ya no sentía la vieja y tranquilizadora mezcla de odio y desprecio por el Traidor, que a su vez parecía percibir la diferencia y lo besaba o lo acariciaba a veces sin utilizar sus muestras de cariño para un ataque. Octavio no quería confesarse hasta qué punto lo comprendía ahora, qué próximo se sentía a él. Cuando la mujer, que había empezado a trabajar fuera de la casa, salía por algunas horas dejándolos al cuidado de otra persona, Ale y Octavio se sentían extrañamente solidarios en su pena. Octavio había llegado al extremo de aceptar con placer que el hombre lo tuviera en sus

brazos, pronunciando extraños sonidos que no pertenecían a ningún idioma terrestre, como si buscara algún lenguaje que pudiera aproximarlos.

Y por fin, llegó la palabra. La primera palabra la utilizó con éxito para llamar a su lado a la mujer que estaba en la cocina, Octavio había dicho “Mamá” y ya era para entonces completamente humano, una vez más, la milenaria, la infinita invasión, había fracasado.



Este cuento se publicó en *Como una buena madre*.

Si te gustó...

Cuentos de humor y amor, de Ana María Bovo; *Cuentos impensados*, de Leo Masliah; *Voley, todos hacemos trampa*, película dirigida por Martín Piroyansky; *Soy tu fan*, serie de televisión dirigida por Álvaro Hernández; *El hombre de al lado*, película dirigida por Gastón Duprat y Mariano Cohn.

“Yo no estudié humor. Lo que sí me di cuenta es que me volví profesional. La conciencia no tiene retroceso. O sea, una vez que vos viste cómo el mago hizo el truco ya no podés ver la magia, pero sí ves la calidad del truco y podés disfrutar de la calidad. Yo lo sigo disfrutando y me sigo riendo”.

Santiago Varela

Santiago Varela

Buenos Aires, 1940

Escritor, guionista, documentalista, autor teatral, conductor de radio argentino y, muy especialmente, autor de textos de un humor “absurdo, porteño y reo”, según sus propias palabras. Desde 1980 fue colaborador de las revistas *Humor*, *Sexhumor*, *Feriado Nacional*, *Página/30*, *Vivir*, *La Maga* y *Tres Puntos*, y columnista en *Clarín*, *Perfil* y *Página/12*. Fue autor de los monólogos de Tato Bores y publicó los libros *Sexo salvaje* (1987), *Good show!* (1992), *El debut y otros cuentos* (1994), *El gran monólogo nacional* (2001) y *200 años de humor escrito argentino* (2012), entre otros.

Mi tío Poroto

MI TÍO POROTO ANDABA FENÓMENO HASTA que su mujer, mi tía Porota, a instancias de su hija, mi prima Tota, le dijo:

—Mirá Poroto, vas a cumplir setenta años, es hora de que vayas a un médico.

—¿Y para qué si estoy bárbaro?

—Porque la prevención debe hacerse ahora que todavía sos joven —contestó mi tía.

Por este motivo, mi tío Poroto fue a consultar al médico. El médico, con buen criterio, le mandó a hacer exámenes y análisis de todo lo que pudiera hacerse y que la obra social pudiera pagar.

A los quince días, el doctor le dijo que estaba bastante bien, pero que había algunos valores en los estudios que había que mejorar. Y ahí nomás le recetó Simgras Grajeas para tener el colesterol lo más abajo posible; Bobex 10 mg para el corazón; Diabetol Plus para prevenir la diabetes; Total Vitaminol, complejo

vitamínico; Abajoprex para la presión; Pissssssox 10 mg, un diurético para complementar el Abajoprex y, como en Buenos Aires hay de todo menos buenos aires, Alergicatel para la alergia. Como los medicamentos eran muchos y había que proteger el estómago, le indicó Omeopancex 20 Cápsulas.

Mi tío Poroto fue a la farmacia y cambió allí una parte importante de su jubilación por varias cajitas primorosas de colores variados.

Al tiempo, como no lograba recordar si las pastillas verdes para la alergia las debía tomar antes o después que las cápsulas para el estómago, y si las amarillas para el corazón iban durante o al terminar las comidas, volvió al médico. Este, luego de hacerle un pequeño fixture con las ingestas, lo notó un poco alterado y algo contracturado, por lo que le agregó Nervocalm 25 y Aflojex Max.

Esa tarde cuando entró a la farmacia con las recetas, el farmacéutico y sus empleados hicieron una doble fila para que él pasara por el medio mientras ellos lo aplaudían.

Sin embargo, mi tío, en lugar de estar mejor, estaba cada día peor. Tenía el fixture de todos los remedios en el aparador de la cocina y casi no salía de su casa

porque no pasaba momento del día en que no tuviera que tomar una pastilla.

A la semana, el laboratorio fabricante de varios de los medicamentos que él usaba lo nombró “cliente protector” y le regaló un termómetro, un frasco estéril para análisis de orina y una birome con el logo de la empresa. Mi primo el Toto dedujo que la dirección la tuvieron que sacar de la receta que la farmacia entregó a la obra social. Posta.

Tan mala suerte tuvo mi tío Poroto que a los pocos días se resfrió y mi tía Porota lo hizo acostar como siempre, pero esta vez, además del té con miel, llamó al médico. Este le dijo que no era nada, pero le recetó Gripedín Dúo y un antibiótico, Sanaxidal 500.

Para colmo, mi Tío Poroto se puso a leer los prospectos de todos los medicamentos que tomaba y así se enteró de las contraindicaciones, las advertencias, las precauciones, las reacciones adversas, los efectos colaterales y las interacciones medicamentosas. Lo que decían eran cosas terribles. No solo que se podía morir, sino que además podía tener arritmias ventriculares, sangrado anormal, náuseas, hipertensión, insuficiencia renal, parálisis, cólicos abdominales, alteraciones del estado mental y otro montón de cosas espantosas.

Asustadísimo, llamó al médico, quien al verlo le dijo que no tenía que hacer caso de esas cosas porque los laboratorios las ponían por poner.

—Doctor, las empresas que ganan mucha plata no ponen cosas por poner.

—Bueno, las ponen para cubrirse.

—¿Para cubrirse de qué? —preguntó mi tío.

—Para cubrirse por si alguno le hace un juicio.

—Sí, claro, pero para hacerle un juicio, primero le tuvo que pasar algo. Nadie hace un juicio si no le pasa nada. Digo... —dijo mi tío.

—Bueno... mirado así...

—Que es la única forma de mirarlo. Juicio le pueden hacer si al paciente por bajar el colesterol se le revienta el hígado, se le caen los dientes, se queda ciego, impotente, pelado... y después, ya con un poco de suerte, se muere.

—Usted exagera, esas cosas que ponen en los prospectos no pasan casi nunca.

—Casi... A mí no me interesa que le pasen a muchos, con que me pase a mí, alcanza y sobra —dijo mi tío Poroto, muy nervioso, pese a tomar religiosamente el Nervocalm.

—Tranquilo, don Poroto, no se excite —le dijo el médico mientras le hacía una nueva receta con Anti-deprezol Forte Supositorios.

En ese tiempo, cada vez que mi tío cobraba la jubilación, iba a la farmacia, donde ya lo habían nombrado cliente VIP y le ponían alfombra roja, y la cambiaba, íntegra, por remedios. Esto lo hacía poner muy mal, razón por la cual el médico le recetaba nuevos e ingeniosos medicamentos.

Pobre mi tío Poroto, llegó un momento en que las horas del día no le alcanzaban para tomar todas las pastillas, por lo cual ya no dormía, pese a las cápsulas para el insomnio que le había recetado.

Tan mal se había puesto que un día, haciéndole caso a los prospectos de los remedios, se murió. Al entierro fueron todos, pero el que más lloraba era el farmacéutico.

Aún hoy, mi tía Porota afirma que menos mal que lo mandó al médico a tiempo porque si no, seguro que se moría antes.



Se publicó en el suplemento *Cultura BA* del diario *Página/12*.

Si te gustó...

Algo sobre mi madre (todo sería demasiado), cuentos de Gabriela Acher; *Sesiones extraordinarias desde el diván*, relatos de Jorge Guinzburg; *La odisea de los giles*, película dirigida por Sebastián Borensztein.

“La narración es un acto de comunicación amorosa muy sólido. El que cuenta historias, ya sean cotidianas o literarias, encuentra el modo más sencillo de volverse inolvidable. Todo el mundo recuerda con amor a quien le contó historias. Un abuelo, un maestro, un vecino o un transportista escolar”.

Ana María Bovo

Ana María Bovo

Córdoba, 1951

Escritora, narradora oral, actriz, docente, dramaturga y directora de teatro. Ha escrito *Cuentos de humor y amor* (2011) y *Cuentos de humor y amor 2* (2012); las novelas *Rosas colombianas* (2008) y *La mujer del tiempo* (2018). Referente de la narración oral, ha realizado espectáculos, como *Fiesta en el jardín y otros cuentos*, *Humor Bovo*, *Maní con chocolate* y *Hasta que me llames*, entre otros.

Punto Cruz

CUANDO YO ERA CHICA TENÍA UNA MAESTRA de Actividades Prácticas muy exigente. Más bien sádica.

Nos proponía tareas muy difíciles. Un día llegó, trajo una ramita de aromo, la apoyó sobre el pupitre, y dijo que había que copiarla del natural. Por entonces, yo no tenía ninguna habilidad manual, y como en clase no me dejaban hablar, prácticamente no me lucía en nada. Pero aquel día, copiando el estilo del dibujo de mi compañera, tuve la sensación de que la ramita de aromo me había quedado realmente bien. En la clase siguiente, me la devolvió la maestra con un 3 al pie de la página y con una nota en rojo atravesando el dibujo que decía “Aprende a dibujar”.

En la clase siguiente, llegó y dijo: “A partir de ahora, empezarán a entrenarse en el bordado del futuro

ajuar”. Estábamos en 5º grado, pero yo sabía que había que prepararse con tiempo.

—Deben traer un rectángulo de tela blanca de 25 x 40. Les recomiendo que la tela sea muy delicada: batista o nansú.

Por mis características personales, mi telita estaba toda arrugada antes de empezar la tarea. Dijo la maestra que había que sacar del costado unos hilos, dejar en la trama un caminito vacío para iniciarlos, antes que nada, en la práctica de una vainilla simple. Ese punto lo conocía mi mamá. No tuve ningún problema.

Segunda clase: Vainilla doble.

Mi abuela, mi nona. Me hizo unos bastoncitos bastante chuecos para disimular su colaboración.

Tercera clase: Punto turco.

Recurrimos a una bordadora de la vuelta de mi casa, una señora tan buena que no nos quiso cobrar.

Hasta que el miércoles anterior a Semana Santa, en la última hora de clase, nos dijo: “Para el próximo lunes, me traen terminado el Punto... Richelieu!”.

Nadie lo conocía. Pero yo hice lo que tenía que hacer: me olvidé de la tarea.

Quedó en el fondo del portafolio.

El domingo por la noche, cuando lo abro, encuentro la telita toda arrugada entre los cuadernos. Llegué a la cocina yo también hecha un trapo. Mi mamá me lanzó una frase de domingo: “Te hubieses ocupado antes”. Mi papá, en cambio, miraba la telita de reajo, silencioso y conmovido.

De pronto, golpearon a la puerta de mi casa. Domingo de Pascua por la noche, después de cenar, en una ciudad chica, estaba lloviznando... ¿quién podría ser?

Abro la puerta. En la vereda, un matrimonio que yo no conocía. Detrás, una camioneta llena de barro. Venían del campo. La mujer traía en la mano una bolsa de arpillera con algo que se movía adentro.

—¿Acá vive el señor Walter Bovo?

—Es mi papá.

—Ay, querida... hace como 3 horas que estamos dando vueltas con mi marido buscando esta casa y no la podíamos encontrar. Le traigo 2 gallinas de regalo a tu padre (están vivas) porque él vino a darme sangre cuando me operaron de vesícula. Sin conocerme, mirá. Como es Pascua, le quería agradecer.

—Pasen, pasen.

Mi papá tenía un grupo y un factor sanguíneo muy poco frecuente, y venían muy seguido a pedirle

sangre. Así que acá estaba una de las destinatarias de la sangre de mi padre.

—Adelante, adelante.

Mi mamá hizo pasar a las gallinas al patio y a las visitas al comedor.

De pronto, la cocina se llenó de voces entusiastas, de una conversación amena e inesperada. Vi a mi madre preparando café y a mi papá sirviendo un licor.

Miré las manos de la mujer: regordetas y bastante delicadas por ser una mujer que trabajaba en el campo.

Me acerqué despacito y le pregunté al oído:

—Señora... ¿usted por casualidad no conocerá un punto... Richelieu?

Hizo un silencio. Se llevó la mano a un prendedor de oro con sus iniciales que le cerraba la blusa.

—...Ay querida, mirá el recuerdo que me trajiste. Es el que más usé para bordar mi ajuar.

Le alcancé la telita y en un instante me resolvió la tarea. Después la dejó sobre la mesa, se levantaron, se fueron.

En mi casa nunca supimos cómo se llamaban ellos ni de qué pueblo habían venido. Me encanta pensar ahora que mi papá era capaz de dar su sangre con tal

de que a mí, un domingo por la noche, con la tarea sin hacer, se me presente en mi propia casa una señora que borda con las manos de un hada.



Este cuento se publicó en *Cuentos de humor y amor*.

Si te gustó...

Cuentos de humor, antología compilada por Susana Itzcovich;
Estoy cansado de mí y otros cuentos, cuentos de Sebastián Wainraich; *Estupidez compleja*, stand up de Malena Pichot;
Ciega a citas, programa de televisión dirigido por Juan Taratuto; *Días de vinilo*, película dirigida por Gabriel Nesci.

*“Voy a empezar a
escribir sobre hombres
así no me dicen nada”.*

Alejandra Laurencich

Alejandra Laurencich

Buenos Aires, 1963

Escritora, guionista, fundadora y directora editorial de la revista literaria *La Balandra*. Es autora de *Coronadas de Gloria* (2002), *Historias de mujeres oscuras* (2007) y *Vete de mí* (2009), entre otras publicaciones.

Lo más grande que hay

LA VOZ ARDIENTE DE SANDRO INUNDA LA COCINA y Laura, por primera vez en veinticinco años, sabe que esa noche ganará el duelo. *Quiieeeeero llenaaaarme de tiiii* canta echando las cebollas al fondo de aceite crepitante donde un diente de ajo señala que la temperatura es la adecuada. *Quiieeeeero podeeeerte encontraaar*. Dos hojas de laurel fresco, la sal (sal marina *porque no hay punto de comparación con la común*, le escuchó decir una vez a su suegra) y a revolver con la cuchara de madera. Las cebollas se contraen y largan el jugo. Prueba un poco con la punta de la cuchara y piensa en los veinticinco años que ha pasado buscando el secreto del guiso de su suegra. Creyendo, por ejemplo, que en el *salar las cebollas mientras se rehogan* estaba la clave. Qué ingenua y torpe había sido. Cómo no pudo avivarse. Pero lejos quedarían ahora esos años de lucha. Hoy

cambiaría su historia. Cuando a las nueve de la noche Emilio volviera del estudio, ella lo recibiría con un *Feliz aniversario, amor*. Él –después de lamentar, como siempre, no haber recordado la fecha– se sentaría a la mesa y probaría el guiso. Entonces diría: Igualito al de mi vieja, y ella sería feliz.

Laura revuelve y deja que las cebollas vayan tomando color. Canta y mira la foto en la que su marido y su suegra alzan sus copas hacia la cámara:

–Se te acabó el brindis, Perla. Hoy te soné –dice, y ríe, segura de estar conquistando el lugar que le corresponde, aquel que hace un cuarto de siglo le arrebató Emilio cuando volvieron del recital despedida de Sui Generis en el Luna Park. Quince años tenía ella, y él cumplía la mayoría de edad. Esa noche, después de que ambos confirmaran con un beso largo el inicio del noviazgo, él la acompañó hasta su casa. Fue entonces que ella lo invitó a pasar, a comer un sándwich juntos, y él le dijo:

–No, me voy a casa, mi vieja me dijo que hacía guiso. No sabés lo que es ese guiso. Lo más grande que hay.

Esa noche Laura soñó con Emilio. Un Emilio pelilargo que en la pesadilla le pasaba el pan al plato con un movimiento hipnótico y repetía: *El mejor guiso que*

hay. Por qué no le das la receta, ma, a ver si le sale.
Esa noche comenzó el calvario.

*La candidez de tu mirada me enloqueeeeeeece. Dime
pequeña que máaaas puedo pedir.*

¡Es réquete fácil! Recuerda la voz de Perla cuando ella le preguntó, pavota como era en esa época, cómo se hacía. *Una carne a la cacerola nada más, no tiene ningún secreto.* Ahora sí que te agarré, piensa Laura, ya no vas a poder hacerte la estúpida. Corta el filamento blanco de los morrones y los acomoda sobre la tabla. Le gusta la débil resistencia de ese rojo que se quiebra bajo la cuchilla. Corta a lo largo, primero, luego en daditos. Recuerda el año que supuso que era el color de los morrones lo que diferenciaba el sabor del guiso. Y todo porque una vez había descubierto en la heladera de Perla, al fondo de uno de los cajones para las verduras, los morrones amarillos. El resultado había sido decepcionante. En el aniversario de noviazgo Emilio probó el guiso y sugirió:

—Por qué no le pedís a mi vieja que te dé bien la receta, porque el de ella tiene algo... Deben ser estos morrones, ¿no conseguiste rojos?

Año tras año ella había ido reuniendo datos sobre esa receta. Datos robados en cumpleaños, en supermercados, en Nochebuenas, en viajes a Mar del Plata.

Y cada aniversario de noviazgo había intentado lo que parecía imposible: conseguir que Emilio reconociera que había otra persona en el mundo que podía hacer el guiso tan rico como el de su madre. Hoy, veinticinco años después del primer intento en el que escuchó: *Está bueno, muy rico. Pero le falta algo*, sabe que por fin conquistará la victoria. Se sirve un poco de vino y toma un sorbo. Sandro canta el final: *entre la naturaleza y mi vieja tristeza poder olvidaaaar...*

La carne atada con el hilo de algodón blanco espera su turno. Ella vuelve a poner la canción en el equipo y se acerca a la mesada. Cómo nunca se dio cuenta de algo tan elemental. Tantas pistas falsas había seguido, como el revolver el fondo de cocción con cuchara de madera de peral. *Porque es la única que no deja gusto amargo*, había soltado una vez Perla mientras volvía de la anestesia después de que le sacaron la vesícula. Emilio consideró la frase como un delirio postoperatorio, pero ella no la dejó pasar. Recorrió puestos y puestos de artesanos hasta que consiguió por fin la cuchara de peral. Que le costó una fortuna, porque era a pedido, y aunque a ella le parecía igual a cualquiera de las que se venden en los bazares, más blanca quizá, ese aniversario creyó que ganaría la gloria. Había servido la mesa con esmero. Cumplían las bodas de estaño o lata, diez años de pareja.

—Uh, qué bruto, siempre me olvido de traerte algo
—dijo Emilio.

Y ella dijo:

—No importa, corazón, sé cuánto me querés.

—Hasta el cielo y más —dijo él.

—Sentate y comé —ordenó ella, un poco vehemen-
te, sirviéndole un tinto espeso en la copa.

—Mmmm —dijo él frente al plato. Se frotó las ma-
nos. Lo probó. Y ella esperó la frase.

—Está rebueno —dijo él.

Ella alzó la copa, pero él siguió.

—Casi como el de la vieja.

Bruto. Animal. Después de esa noche ella había co-
menzado la terapia.

—Me está costando tener relaciones. Cuando estoy
en lo mejor se me aparece el guiso. Si no consigo ha-
cerlo como el de Perla creo que voy a volverme frígida
para siempre.

—Por un guiso —preguntó la analista.

Y ella se levantó del diván. Qué podía entender una
idiota como esa.

Toma con cuidado la carne y la coloca sobre el col-
chón de cebollas doradas y morrones tiernizados por
el calor. *Quiero encerrrrraaar a tu mirada entre
mis mmmmanoos luego abrazarrrrte y llenarrrte de*

caloor. El aroma que sale de la cacerola la estremece, como la voz de Sandro. Se imagina el festejo de esa noche. Le parece sentir las manos de Emilio –ligeramente pringosas después de haber pasado el pan por todo el plato– buscándole las rodillas bajo el mantel. Levantándole la falda de a poco. Un rato después, en la cama, o en el sofá, o sobre la mesa aún con los platos puestos, ella se montaría sobre su vientre satisfecho y preguntaría:

—¿Quién sabe hacer el guiso como tu vieja?

Imagina la respuesta de él. Y un cosquilleo burbujeante sube desde su entrepierna y la recorre. El chisporroteo de la carne trémula al contacto con el calor la hace reír. Va haciéndola girar de a poco, administrando el placer de verla dorarse en una capa delgada y brillante que guarda los jugos y el sabor. Qué disfrute por Dios, siente que se ahoga y lo único que puede hacer es cantar, con la garganta entera, dejar salir toda la tensión acumulada en años de búsqueda implacable. Viene a su mente la mañana en que creyó que Perla le dejaba el testamento. La receta original, sacada de una vieja revista femenina. Perla viajaba a Italia gracias a las cuotas de la tarjeta de crédito. Ellos en pocas semanas cumplían las bodas de cristal, quince años de pareja. Habían comprado heladera con freezer y cocina nueva. Parecía acercarse la felicidad.

—La encontré el otro día y quería dártela, por si no vuelvo —le dijo Perla camino al aeropuerto, y le dejó la página descolorida por los años, con algunas manchas de grasa que Laura consideró tesoros de una tradición. Leyó la receta para ver qué era lo que no hacía correctamente. Y otra vez creyó encontrar el secreto: decepcionante, pero secreto al fin. El caldo no era el que se consigue cortando y echando verduras frescas a la olla, espumando y esperando con paciencia de monja, no. El caldo era comprado. La imagen de Perla se le desdibujó. ¿Podía ser la misma madre que esperaba a su hijo revolviendo el guiso en la madrugada? ¿Cuando Perla decía: *Hacés un caldo bien rico y le ponés diez cucharadas sobre la carne*, se estaba refiriendo a esos caldos envasados? ¡Mirá vos a la vieja!, había pensado Laura después de reponerse de la decepción. Ahí teníamos la clave. Claro, Perla siempre había sido una mujer trabajadora, desde que el padre de Emilio murió, ella había tenido que salir a buscar el sustento para su único hijo. Cómo no darse cuenta de ese detalle. Lógico y determinante. Laura había comprado entonces el caldo que la llevaría al triunfo. Siguió la receta con devoción. Paso por paso. Las cebollas, la sal marina, el laurel fresco, la cuchara de peral, los morrones bien rojos y tersos, y por fin el caldo comprado. Y llegó Emilio, y probó el guiso.

—Sublime —dijo poniendo los ojos en banco.

—¿Como el de tu mamá? —dijo ella.

—Casi. ¿Qué le cambiaste?

Quiiiiiieero poddeeeerte encontraaaaar canta Sandro. Y ella echa los tomates licuados sobre la carne. Revuelve, baja el fuego al mínimo y va a poner la mesa. Ahora sí había dado con el dato clave. Durante el último mes, a medida que se acercaba la fecha de los veinticinco años, había ido sometiendo a Emilio a un revivir de infancia. Esperaba la noche para hacerlo, en la cama. Después de fingir un paroxismo que hacía años no sentía, y mientras el orgullo de él se transformaba en sueño plácido de hombre, Laura disparaba una pregunta. Él, inocente, le iba confiando detalles, recuerdos de su madre en la cocina: el delantal de cafeteras y pavitas con un bolsillo que tenía bordada la palabra amor. La cacerola de acero inoxidable que ya una vez Perla les había donado sin saber a qué atribuir tanto interés de parte de Laura, y por fin, casi como un descuido, Emilio había confesado:

— Cuando cocinaba, mi vieja escuchaba a Sandro.

—¿Sandro?

—Sí. Me acuerdo cómo cantaba esa canción. Se la veía tan feliz, pobre vieja.

—¿Qué canción?

—Una que decía *quiero llenarme de ti*, ¿te acordás?
Laura sube el volumen.

Quiieeeeeero llenaaaarme de tiiii. Pronuncia con fervor cada palabra. Deja que la voz ardiente de Sandro la inunde hasta el alma. Que la haga vibrar. No hay alquimia más elemental que esta para que una comida sea inolvidable. Dejarse estremecer por un hombre mientras se prepara la felicidad para otro. Gozar a solas, en la cocina, sin que nadie se atreva a interrumpir. Ahí estaba el secreto. Hoy su guiso merecerá el título: *Igualitoaldelavieja*. Un cuarto de siglo le había costado entender el secreto de Perla. La mira en la foto, con su cara de madre mojigata.

—Sí que te la tenías guardada, turra.

Mira el reloj. El guiso está listo y ella también, a un paso de la gloria. Un minuto más de fuego para redondear el sabor. Le pone la tapa con cuidado dejando una luna destapada para que salga el vapor y se mira en el reflejo de la ventana. Hoy será una mujer que ha conquistado su sueño. Sandro le canta: *tu peligrosa insolencia me estremeeeeece, tu picardía me hace sonreír*. Ella se desabrocha un botón de la blusa y, justo cuando está acomodándose el busto, suena el timbre. Se queda quieta, como si la hubieran pescado *in fraganti*. No sabe por qué, imagina que Perla es la que ha tocado.

Está segura de que viene a arruinarle el guiso. Apaga la música. Mientras se vuelve a abrochar el botón de la blusa, camina con apuro hasta la puerta de casa. Se acomoda el pelo y abre. Un ramo enorme de rosas amarillas ocupa el escalón que da a la calle. Y una tarjeta que no puede dejar de mirar. Se agacha despacio. *25 años de amor. Emilio.* Recoge el ramo y lo aprieta contra el pecho. Se asoma a la calle. Nadie. Con el pie en la puerta, para que no se cierre, escudriña cada árbol de la cuadra. Cada auto. Entonces lo ve. Escondido. Emilio ríe y sale a su encuentro. Ella baja a la vereda. Se abrazan.

—Viste, me acordé —dice él, y ella lo besa con una pasión resucitada, como si volviera de un viaje largo. Y está a punto de decirle: *No sabés lo feliz que soy.* Pero no llega a hacerlo, porque la asalta la imagen del guiso sobre el fuego. Mira la puerta cerrada y grita.

—¡No tengo llave! —Él jamás comprenderá la mirada de horror con que lo acusa.

Corre hacia la puerta. Emilio parece burlarse de la urgencia. Lo ve buscar en el llavero que cuelga de su cinturón la llave de la casa, oye sus preguntas, bromas que ella ni contesta. La puerta se abre. Un olor acre viene de la cocina. Ella arroja las flores por ahí, y corre hacia la olla, agarra la cuchara de peral y la hunde. Una

ligera capa de salsa marrón se ha adherido al fondo de la cacerola. El guiso se quemó. Todo está perdido.

Mira la foto de Perla brindando, y cuando está por gritarle: *Renuncio, renuncio para siempre, vieja arpía*, escucha la voz de su marido:

—¡Este es el olor que había en casa cuando la vieja hacía el guiso!

Se queda aferrada a la cuchara de madera, mirando a Perla que sonrío con la copa en alto. A su lado Emilio brinda para siempre, feliz. *No sabés lo que es ese guiso*, recuerda Laura, *lo más grande que hay*.



Este cuento se publicó en *Lo que dicen cuando callan*.

Si te gustó...

Y en este rincón... ¡las mujeres!, historietas de Maitena; *Humor de mis amores*, historietas de Caloi; *Mi obra maestra*, película dirigida por Gastón Duprat; *Los cuentos de Fontanarrosa*, serie de televisión dirigida por Pablo Fisherman y Leonardo Di Cesare; *Fase 7*, película dirigida por Nicolás Goldbart.

Se terminó de imprimir en los meses
de noviembre y diciembre de 2021
en los talleres gráficos de Arcángel Maggio,
calle Lafayette 1695, Ciudad Autónoma
de Buenos Aires, Argentina.



Todo queda en familia

Textos de humor

Reímos para no llorar. A veces, el humor es la única forma que encontramos para poder hablar en serio. Pero, en la familia, el humor es algo más: es una forma de sobrevivir. *Todo queda en familia* es un homenaje al humor inteligente y burlón, con juegos de palabras, dobles sentidos y caricaturas, que nos defiende con su ironía de la agresión y las mentiras del mundo. A la risa, que nos libera y nos vuelve criaturas cómicas. Ya lo dijo Chaplin: Mirada de cerca, la vida es una tragedia, pero vista de lejos, parece una comedia.

ISBN 978-987-6915-01-2



9 789878 | 915012

librosycasas.cultura.gob.ar

